

# EL MANUSCRITO DEL DISCÍPULO AMADO

*LEO KABAL*

Editorial Creación  
C/ Cartagena, 14  
28028 - Madrid

**Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escribanos y atenderemos su petición gustosamente.**

© Leo Kabal

© Editorial Creación

C/ Cartagena, 14 - 28028 - Madrid

Tel.: 91 361 48 96

E-mail: [editorialcreacion@editorialcreacion.com](mailto:editorialcreacion@editorialcreacion.com)

[www.editorialcreacion.com](http://www.editorialcreacion.com)

Primera edición: Abril de 2004

ISBN: 84-95919-09-5

Depósito Legal:

## INDICE

	Página
PRÓLOGO.....	9
- «EL TIEMPO ESTÁ CERCA» .....	15
- EL MISTERIO DE LOS DOS MESÍAS .....	25
- LA INICIACIÓN .....	35
- ELECCIÓN DE LOS 12.....	43
- LAS BIENAVENTURANZAS .....	49
- UNA DOCTRINA SECRETA .....	57
- LAS PRIMERAS SEMILLAS .....	66
- LAS REGIONES DEL MUNDO ESPIRITUAL ...	80
- LA VERDADERA COMIDA .....	88
- LA SEGUNDA Y TERCERA SIEMBRAS.....	91
- LA APERTURA DEL REINO A TODOS LOS HOMBRES .....	96



*Y les anunciaba la Palabra con muchas parábolas como éstas, según podían entenderle; no les hablaba sin parábolas; pero a sus propios discípulos se lo explicaba todo en privado.*

Marcos, 4: 33,34

*Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran.*

Juan, 21: 25



## PRÓLOGO

*Conocí a Josué en una de esas conferencias de espiritualidad que se imparten para explicar los conocimientos ocultos a todo buscador interesado en desarrollarse espiritualmente. Después de unos años le volví a ver, esta vez en mi tienda. Le tuve como cliente algún tiempo y entablamos una profunda amistad. Aprendí mucho de él y le consideraba un maestro, un gran sabio de la era moderna. Era uno de esos grandes hombres que parecen pequeños, un maestro de verdad. Siempre lo supe, aunque él, con su forma de comportarse, parecía desmentir esta idea mía. Era humilde, sencillo y siempre tenía en su boca palabras de ánimo y consuelo. Nunca nadie elevó tanto mi autoestima y mi espíritu. Pero lo que más me sorprendía es cuando él me llamaba maestro. «El maestro eres tú» —le contestaba.*

*Después de un par de años llegué a considerarle un gran ser, un padre y un amigo. Alguien con el que contar en todos los momentos de mi vida. Me enseñó los valores más altos y divinos que hay en el ser humano. Y un día, sorprendentemente, se acercó a mí y me dijo: «Estás a punto de recordar algo trascendente, cuando lo hagas sabrás quién soy en realidad, no en mi aspecto*

físico, pues eso ya lo conoces, sino en mi ser espiritual. He venido para traerte un manuscrito, el manuscrito que sólo tú puedes sacar a la luz, porque tú fuiste en su día el elegido por aquel que lo escribió. Muy pronto te llamaré para entregártelo, pues el Hombre ya está preparado para conocer todo lo que en él se cuenta».

Tengo que reconocer que aquellas palabras me dejaron atónito. ¿Quién era en realidad Josué?, ¿por qué me había elegido a mí para publicar lo que decía era un manuscrito de otra persona?... Le di muchas vueltas a la cabeza pensando en esto. Me rondaron ideas negativas acerca de él. ¿Estará mal de la cabeza? —Pensé. Me debatí durante unos días entre si debía hacerle caso o decidir que estaba loco y olvidarme definitivamente de él. Pero al final venció mi cordura y decidí darle una oportunidad, pues, al fin y al cabo, los buscadores de la verdad, siempre podemos ser considerados un poco locos. Pero también tengo que decir que mi intuición me decía que Josué tenía razón y que decía toda la verdad, pues su forma de comportarse era siempre elevada, seria y razonable.

Al cabo de unos días, la llamada se produjo. Me citó en una cafetería de la Puerta del Sol y, mientras bajaba las escaleras de mi casa y me dirigía al lugar del encuentro, ocurrió algo curioso: empezaron a acudir a mi mente extraños y lejanos recuerdos, recuerdos que no pertenecían a este tiempo. De repente, me vi en una época en la que los seguidores de Cristo éramos fieramente perseguidos. Debía ser allá por el año 90 ó 100 de nuestra Era en la ciudad de Efeso. Yo ayudaba a un anciano que todo el mundo veneraba. Se trataba de Juan, el discípulo amado. Tomó un libro que él había escrito y me dijo: «David, yo ya estoy listo para partir de este mundo. Te entrego este libro para que lo des a

*conocer cuando el mundo esté preparado para escuchar lo que en él se cuenta. Séllalo hasta ese tiempo y no permitas que nadie lo lea hasta que la semilla de Cristo halla preparado los corazones y las mentes de los hombres».*

*Lo cogí e hice lo que me dijo, pero cuando se acercó la hora de mi partida de este mundo lo entregué a un hermano que reconocí como Josué, el que me acababa de citar en la Puerta del Sol.*

*Alguien me preguntó la hora y volví bruscamente al presente. Faltaba un cuarto de hora para el momento en que debíamos encontrarnos, que era a las 12 de la mañana. Tenía que acelerar la marcha si quería llegar a tiempo.*

*Mi mente volvió otra vez a preguntarse qué estaba pasando: ¿Qué significaban esos recuerdos?, ¿qué pintaba yo en todo este asunto?, ¿qué sabía Josué que a mí se me ocultaba? Estaba deseando llegar para dar respuesta a todas estas preguntas.*

*Llegué a la cafetería y allí estaba él, sentado en una mesa y con un maletín que parecía contener el manuscrito. Pedimos un café y, sin esperar más tiempo, le dije: «¿Qué significa todo esto?, mientras venía hacia aquí he tenido recuerdos de un pasado antiquísimo en el que estamos Juan, tú, el libro y yo».*

*Y me dijo: «Si escarbas en tu interior, hallarás que nuestros espíritus solo han cambiado de cuerpo, pero, en realidad, somos los mismos que has visto en tus recuerdos. La parte externa es la única que cambia de aspecto, pero en el interior habita el mismo espíritu. Nosotros somos viejos conocidos. El libro ha sido custodiado por los hermanos mayores desde aquel tiempo hasta nuestros días. Pero ahora ha llegado el momento en que Juan, el primer resucitado, dijo que el libro debía*

*darse a conocer a todos los hombres. Ahora es el momento en que muchos espíritus de aquellos tiempos han vuelto, en otros cuerpos, y están preparados para entender el mensaje del libro.*

*«Pero por ser tú quien recibió el libro de manos del propio Juan y quién los sello hasta nuestros días, a ti corresponde la tarea de abrir su sello».*

*Y cuando hubo dicho esto me entregó el maletín con el manuscrito y agregó: «No tardes en sacarlo a la luz, pues vienen días difíciles, de tremendos cambios en donde las tinieblas pueden hacer mucho daño. Aún hay tiempo para que los que lean este libro y asimilen sus enseñanzas puedan prepararse para pasar las pruebas que se avecinan. Su contenido ayudara a que el cambio sea menos doloroso y las tinieblas menos densas. Los que han madurado, los que han permanecido despiertos, no necesitarán asimilar los conocimientos del libro, pero si lo leen les resonará todo lo que en él cuenta nuestro amado Juan, pues se darán cuenta de que ya lo sabían, ya que el conocimiento no necesita aprenderse en los libros materiales, sino que hay un lugar en los mundos celestes donde se guarda todo lo que ha ocurrido desde que la Creación se inició».*

*Estuvimos allí un rato más; yo le hice muchas preguntas, pero solo contestó algunas; las otras, me dijo que serían contestadas por mí mismo cuando llegase el momento. Nos despedimos como a las dos menos cuarto.*

*Mientras iba de camino a casa me volvieron otra vez a la mente extraños recuerdos. Vi de nuevo a Josué en aquel remoto pasado y le reconocí. Era un hermano mayor, uno de esos seres excepcionales que velan por la Humanidad y que nos han estado ayudando durante siglos. Nadie hubiera imaginado que un ser que, a los*

*ojos de todo el mundo, parecía tan simple y vulgar podría ser un elevado maestro espiritual.*

*Desde aquel día nunca volví a ver a Josué en la vida de vigilia; pero sí me encontré con él muchas veces en el Mundo Astral, mientras dormía. Y supe por qué en mi vida anterior le había entregado a él el manuscrito. Él vivía en su nuevo cuerpo, el cuerpo que todos hemos de alcanzar algún día, el que inauguró Cristo en su resurrección. Un cuerpo que no tiene conciencia de muerte. Él era, además, mi guía espiritual. Por eso en el pasado le confié el manuscrito que ahora pongo a disposición de todos los que quieran saber algo más del mensaje que Jesús-Cristo confió a todos sus discípulos.*

*Como Josué me vaticinó, he recordado muchas cosas y yo mismo me he contestado las preguntas que él estimó oportuno no responderme. También he descubierto, y esto es muy importante, que entre todos los que nos acercamos a Cristo o a sus discípulos en aquellos momentos trascendentales, y que ahora estamos encarnados, formamos un gran equipo espiritual. No nos reunimos en ningún lugar, ni siquiera nos conocemos físicamente, pero espiritualmente estamos unidos: somos un solo espíritu y cada uno tenemos una tarea que cumplir, una misión importante que realizar en este nuevo siglo para dar a luz el Reino que Dios nos ha prometido.*

*¡Qué el manuscrito, cuyo sello ahora se abre, ilumine vuestras conciencias, llene vuestro corazón de Amor de Dios y os abra las puertas del Reino de los Cielos!*



## «EL TIEMPO ESTÁ CERCA»

Yo, Juan, hermano vuestro en Cristo, escribo estas letras para los entendidos, para las almas que hayan pasado ya la primera etapa en Cristo (quien sufrió hace ya algunos años tormento de cruz para que toda la Humanidad pueda ser elevada al Reino de Dios), para los que comprendan el lenguaje espiritual, para aquellos de entre los hombres en los cuales la palabra de Dios haya encontrado la tierra propicia y sus oídos sepan escuchar y sus ojos puedan ver entendiendo; en definitiva, para todos aquellos que estén preparados para resucitar el Verbo<sup>1</sup> en su interior.

Hace algunos años, mientras me hallaba en Efeso, llegaron hasta mí las terribles noticias de que Jerusalén había sido invadida, profanado e incendiado el Templo y muertos muchos compatriotas que habían cometido el gran error de enfrentarse a las legiones romanas. El sufrimiento

---

<sup>1</sup> En los primeros tiempos de la Era cristiana la palabra Verbo (Logos) era muy común. Se utilizaba para designar a la palabra creadora que estaba en la Mente de Dios, cuya fuerza real creó el mundo. San Juan creía que el «Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» en la figura de Jesucristo. Cristo era, pues, el Hijo de Dios, así como la palabra es hija del pensamiento. Todos los atributos Divinos, como la Voluntad y las ideas de Dios, se encarnaron en Él y, a través de Él, podrán un día renacer en todos los hombres. Resucitar al Verbo en el interior supone, pues, dar vida al Hijo de Dios o Ser Espiritual que todos llevamos dentro. En palabras de Cristo: nacer de nuevo. ( Nota del editor)

fue tal que, entre los hermanos, surgió el convencimiento de que el «Fin de los Tiempos» había llegado. Muchos fueron los seguidores de la Verdad que pensaban que Cristo volvería, tras la destrucción de Jerusalén, y restauraría la Era Mesiánica, pues habían oído que Él mismo lo había anunciado así.

En Efeso había muchos hermanos que, entre angustiados y con alegría, también pensaban de esta manera. Éstos aprovechaban cualquier ocasión para preguntar a los más antiguos de entre nosotros, a quienes habíamos conocido al Señor. Muchos se acercaban a mí en aquellos días y me decían: «Dinos, ¿cuánto falta para que acaben los males del mundo y la *Nueva Jerusalén* sea una realidad?».

Al principio no sabía qué responderles, pues yo mismo anhelaba que tras la ruina de la Ciudad Santa se produjera el tan esperado retorno de Cristo. Pero sabía que las promesas espirituales no ocurren tal como las espera la humanidad terrenal. El hombre, debido a interpretaciones basadas en el orden físico e influidas por el «príncipe de este mundo», se forma una idea errónea y la da por válida. Después, cuando todo un pueblo ha bebido de ella se transforma en creencia popular. Así ocurrió con la interpretación de la venida del Hijo del Hombre y así está ocurriendo con la idea de su regreso. Por eso había decidido que un día debía hablarles y deshacer toda idea errónea acerca de la segunda venida de Cristo.

Según muchos ya saben por los escritos<sup>2</sup> que algunos de los discípulos del Señor hemos reparado en las distintas iglesias cristianas, Cristo se presentó en la Tierra exactamente al contrario de cómo pensaban que vendría la mayoría del pueblo judío: vino como cordero a cumplir la Gran Misión de Dios, y no como líder y rey para salvar a los israelitas de la tiranía romana; vino a reinar algún día sobre todos los corazones humanos y a salvar a toda la Humanidad y no sólo a unos pocos escogidos.

Mi corazón sabía todo esto y mi deber era decirles la verdad; pero también amaba a mis hermanos, a los que consideraba mis hijos en Cristo. ¿Qué podía responderles para no desanimarles?, pues el Reino de Dios, representado por mis visiones (y la de otros hermanos) de la *Nueva Jerusalén* no se iba a producir inmediatamente después de la caída de la Jerusalén material. Todos los que habíamos participado de la nueva iniciación sabíamos esto; pero en realidad hubiésemos deseado permanecer ignorantes, pues era tal la ilusión despertada por el inminente retorno de Cristo que no éramos capaces de desilusionar a tanta gente.

Mi respuesta a la tan angustiada pregunta de mis hermanos fueron siempre las mismas palabras que escuché una y otra vez en el Mundo Espiritual cuando era arrebatado hacia él durante mis meditaciones: Confíad y guardaos de hacer

---

<sup>2</sup> Se refiere a los Evangelios.

ningún mal, pues el tiempo está próximo.

El tiempo está próximo, eso era todo lo que yo podía decirles. Pero «mil años son como un día para Dios» y la proximidad del Reino de los cielos no escapa a esta sentencia de los libros sagrados.

Yo, como iniciado en los mundos espirituales, sabía que el corazón humano en general todavía necesitaba mucho tiempo para poder revestirse del hombre crístico; pero mis hermanos más jóvenes, mis hijos en Cristo, necesitaban un consuelo espiritual para aquellos espantosos crímenes que se estaban cometiendo. El Templo, símbolo espiritual de nuestros padres (hablo de los hebreos), había sido incendiado. Lo más sagrado de nuestra tradición había sido destruido en un sólo día. Dura prueba era esta, pero ¿no había dicho el Hijo del Altísimo que el verdadero templo era nuestro cuerpo? El templo que había que levantar sobre las cenizas de aquel que había sido destruido, es el templo del Espíritu Santo, el cual no se forma con piedras, sino cultivando una moral elevada, huyendo de todo egoísmo y maldad. En definitiva, dejando nuestro interior limpio para que pueda penetrar la luz de Dios. Tres días le bastaron a Cristo para levantar este templo y desde entonces se encuentra a disposición de cualquiera que quiera levantarlo.

En nuestras reuniones en la Iglesia de Éfeso hablábamos mucho sobre el «Fin de los Tiempos», pues eran mayoría los que demandaban más conocimiento sobre cómo habría de producirse y

cómo escapar al Juicio de Dios. Eran mayoría los que pensaban que Cristo volvería inmediatamente. Esto les consolaba y no paraban de pedirme que intercediera por ellos ante el Señor para pedirle una respuesta más clara que aquella de que «el tiempo estaba cerca». Ante tanta insistencia decidí pedir una revelación en el Mundo Espiritual para que les permitiera al menos un poco de consuelo. Fue así como nos fue concedida una profecía reveladora<sup>3</sup>, aunque escrita en un lenguaje de misterio. Esta profecía fue entregada a la Iglesia, pero mucho me temo que sólo la han entendido aquellos que han penetrado en los misterios espirituales del Verbo. No obstante, cualquiera que la lea recibirá la luz espiritual para la cual haya preparado a su alma. Sobre ella había decidido hablarles y desvelarles aquello que puede ser revelado a todos, sin mostrarles lo que sólo puede descifrarse y entenderse mediante la iniciación cristiana.

Muchos habían sido los sufrimientos del pueblo judío en aquellas desoladoras horas en las que Tito, el tirano de Roma, destrozase todo lo que había sido sagrado y venerado durante siglos; pero no por eso había que dejar que las ideas torcidas de algunos, como los zelotes, imperasen sobre el resto de nuestra comunidad. Ciertamente que nuestros familiares, en cuanto a la carne, habían perdido todo, pero nosotros, los seguidores de Jesús el

---

<sup>3</sup> Se refiere al Apocalipsis

Cristo, habíamos adquirido recientemente lo que era verdadero y por lo cual seríamos de nuevo ciudadanos espirituales de un Nuevo Reino que no pertenece a este mundo. Por eso me vi obligado, pese a mi edad, a poner orden en nuestra iglesia y aclarar algunos puntos que se estaban malinterpretando.

Con la ayuda de mis hermanos, y en especial de mi amadísimo David, que siempre estaba presto a ejecutar mis deseos, subí a la Iglesia un sábado y hablé a los congregados de esta manera:

«Hijitos, amados en Cristo, debo hablaros claro de los tiempos presentes y venideros. Confíad, el tiempo está cerca, pero, ante todo, lo que debe preocuparos no es si Cristo viene hoy o mañana (Pues el dijo que vendría como ladrón en la noche), sino si estáis preparados para recibirle. Eso es, en realidad, lo que debe ocupar la mayor parte de vuestras meditaciones. Cristo, a la verdad, viene, pero basta ya de discutir sobre si viene hoy o mañana, si será a los cien años de su nacimiento en la Tierra o a los mil. Cuando este acontecimiento deba tener lugar, no debe importaros tanto como para llegar a obsesionaros ocupando todos vuestros pensamientos. Yo también comparto con vosotros la ilusión y deseo que su vuelta se produzca cuanto antes. No obstante, considero que he de seguir trabajando en conseguir parecerme a Él lo máximo posible, no sea que, al venir, me halle indigno de entrar en su Reino».

«Pero Él dijo que volvería tras la destrucción del

Templo —habló Dídimo el labrador— ¿No es Cristo el Mesías del pueblo de Israel?, ¿cómo entonces, ha dejado que ocurra esto a su pueblo? Israel, según las profecías, ha de ser de nuevo levantada y el Mesías gobernará desde allí a todas las naciones. Esa es la única respuesta a todo lo que está ocurriendo. Israel no puede haber sido abandonada por Dios, pues todos nosotros hemos reconocido a su Mesías, a Jesús de Nazareth, y sabemos que todas las naciones se postrarán ante Él y su pueblo elegido. ¿Estoy en lo cierto o no, venerable anciano?, ¿interpreto bien a los profetas de nuestro pueblo?».

«Hay una cosa que tú, Dídimo, y todos vosotros debéis saber, contesté, la venida de Cristo y su posterior crucifixión era algo que no esperábamos los ciudadanos judíos. Sólo unos pocos educados en las doctrinas esenias pudimos reconocer al Hijo de Dios caminando entre los hombres. Entre esos, Dios tuvo a bien elegirme a mí y el mismo Cristo me inició en los misterios del Verbo. Desde entonces el Mundo Espiritual es mi verdadera casa y hay muchas cosas que veo y oigo allí. Algunas se me permite compartirlas con vosotros, y otras no. Hoy vengo decidido a haceros comprender que los seguidores del Cristo hemos de cortar cualquier lazo con nuestras tradiciones, debemos aprender a vivir en la nueva doctrina, la cual ya es hora de asumir.

«Tened por seguro que aunque muchos de nosotros, hijos del pueblo elegido de Israel, estemos

orgullosos de pertenecer a esta raza en cuanto a la carne, la verdad es que hemos de estar mucho más orgullosos de ser integrantes del pueblo elegido según la promesa, esto es, al Israel espiritual. Esta es la doctrina que no paraba de enseñarnos nuestro amadísimo Pablo<sup>4</sup>, y es la única doctrina verdadera. Así que, a partir de hoy os digo: hay un nuevo pueblo elegido y una nueva raza: el Israel celestial, el cual se compone de todo ciudadano libre, esclavo, judío, griego o de cualquier nación que habite en la tierra. Desde ahora lo único que debe preocuparos es llegar a poder ser ciudadano de esta nueva nación espiritual. Para ello sólo tenéis que amaros los unos a los otros como Él nos amó. En esto consiste el mayor de los misterios, pues el amor mueve el Universo, y Dios es amor. Hijitos, hacedme caso, amaos los unos a los otros, si hacéis esto es suficiente.

»Recordad la revelación que os entregué, no os dejéis seducir por los anticristos y apartaos de la doctrina de los nicolaitas, pues los anticristos son los que niegan al Padre y al Hijo, y los nicolaitas ven la verdad en la vida superficial, carnal y sensual. En verdad ya está el Cielo al tanto de que vivís separados de sus obras y de que amáis todo lo que Dios ha prometido por medio de su Hijo Jesús-Cristo. Pero una cosa os falta por perfeccionar, una cosa corre peligro en vosotros: si dejáis

---

<sup>4</sup> El apóstol Pablo de Tarso

vuestro primer amor.

»Os explicaré esto con más detalle: El mal existe en el mundo, pero esto no debe ser excusa para dejar de amar. Debéis seguir amando y espiritualizando todo lo que se encuentra en el mundo material. La destrucción de Jerusalén ha sido una gran pena y conmoción para nosotros, así como toda destrucción e injusticia que se comete contra un hermano por el pueblo de Roma; pero si ponemos los ojos en la *Nueva Jerusalén*, nuestra tristeza se convertirá en alegría. Pues ¿no esperamos nosotros un nuevo mundo?

»No dejéis que las cosas que ocurren en el mundo físico nuble vuestra razón y llene vuestro corazón de odio. Al contrario, procurad que en vuestro corazón haya siempre un poco de amor para perdonar incluso a vuestros enemigos, como Dios nos enseñó a través de Jesús-Cristo. Porque ¿adónde nos conduce el odio? Fijaos en los zelotes y en todos los que permiten que el odio anide en su corazón. Al final terminan convertidos en bestias humanas: cegados y, en lugar de ver lo que hay de divino en el hombre, ven lo diabólico, pues han dejado que lo diabólico impere en ellos»

«Gracias, hermano, es el mismo Dios quien te ilumina —Dijo Simón Marcos—; gracias sean dadas a Él por tenerte entre nosotros y poder recibir sus consejos».

«Alabado sea Dios por Juan —Dijo Dídimo—, aún debemos aprender mucho».

Y toda la asamblea respondió: «Sea por siempre

alabado».

«Hijitos —dije de nuevo— Tened esto siempre presente: Podéis meditar, debatir, formular opiniones; pero no olvidéis tener amor los unos con los otros, pues aunque os agobie que os lo repita una y otra vez, en esto consiste toda la doctrina del verdadero seguidor de Cristo. Si fallamos en el amor, lo hacemos en todo lo demás».

Aquel día estuvimos allí mucho más rato. Unos seguían pensando que nos encontrábamos en los últimos días; otros, que no pasaría el siglo que vio nacer al maestro sin que ese día se dejase ver; pero todos habían comprendido dos cosas básicas:

1ª que los sucesos materiales no debían alterar el orden interno y espiritual;

2ª que el amor era el primer requisito para entrar en el *Reino de los cielos*.

Ese Día lo recuerdo como el día en que la Iglesia de Efeso inició un nuevo camino, el camino del Israel espiritual. Pero también aprendió que lo más importante es el amor.

Cuando acabó la asamblea, los hermanos David y Lucio me llevaron a casa, y entonces comprendí que el consejo divino repetido sabiamente con amor, al final siempre da los frutos esperados.